

LA POESÍA ALUCINANTE DE PEDRO BOLUDA

ANTONIO CRESPO

Uno de los libros más insólitos que se han publicado jamás en Murcia es, sin duda, *La Paz mundial*. Apareció en 1919, impreso en la tipografía Sánchez (Lencería, 22) y su autor se llamó Pedro Boluda Tendero. Hay que decir de inmediato que Pedro Boluda tenía la mente trastornada desde joven y que su desvarío le llevó a escribir gran cantidad de versos, absolutamente estrambóticos, pero con los que el hombre se sentía feliz. Un grupo de amigos, para perpetuar aquellos dislates que “corrían de mano en mano por periódicos y abanicos” (1), editó sus poemas en el referido libro, que es un compendio de extravagancias poéticas, propicias a la risa, si no existiera en su raíz un tremendo drama personal.

Pedro Boluda había nacido hacia 1870, contrajo matrimonio con Josefa Teller Rodríguez (seis años mayor que él), ejerció de barbero en la Puerta de Orihuela y trabajó también en el Hospital de Murcia como topiquero, o sea, una especie de practicante no titulado (2). El día de Jueves Santo de 1899, su único hijo, de tres años, no regresó a casa a la hora habitual y dos días más tarde fue encontrado muerto junto al río, brutalmente asesinado, cerca de la llamada barca del Marqués. Boluda perdió la razón tras aquella salvajada, pero su demencia, totalmente pacífica, no le impidió realizar sus tareas hospitalarias durante bastante tiempo y, a lo que se sabe, con el beneplácito de médicos y religiosas del Centro. Murió a principios de los años 40, y en la última etapa de su vida se le veía mucho, los domingos, sentado a la puerta de su casa (calle Mariano Vergara, 40), contemplando la salida del público del campo de fútbol de La Condomina. Físicamente era un tipo singular, achaparrado, de aspecto recio, cabellera hirsuta, cejas pobladísimas y bigote enorme, muy alargado.

(1) Bolarín, en el prólogo.

(2) En el censo de habitantes de 1935 aparece como “jornalero”, sin duda por haber abandonado ya su trabajo en el hospital.



Su aire hosco y ceñudo contrastaba con su ingenuidad realmente infantil, y muchos bromistas lo obsequiaban con supuestas condecoraciones de lejanos países, que él aceptaba con toda dignidad; las medallas –oro y plata en la fantasía de este buen hombre– no eran más que chapas de hojalata de los embutidos de entonces. Los “nombramientos” más inverosímiles –como la “Orden del Calzón Caído” o la “cruz del Lucero del Alba”– no alteraban la credulidad de tan peculiar sujeto.

El “descubrimiento” literario de Boluda se produjo cuando una de sus poesías apareció en una revistilla de la época, de la que era redactor-jefe Andrés Bolarín, conocido periodista y escritor murciano.

Más adelante, cuando a Bolarín le tributaron sus amigos un homenaje –el consabido banquete–, tras uno de sus éxitos literarios, Boluda unió su voz, inesperadamente, a los elogios de los comensales, leyendo un poema que comenzaba así:

Fue tanta la alegría
al saber fuiste premiado
que mi corazón latía
de verte más afortunado.

Los escritores presentes, que ignoraban en su mayoría los devaneos poéticos de Boluda, quedaron un tanto perplejos, pero el asombro general alcanzó su límite cuando el poema llegó a una estrofa que decía:

Eres un poeta modelo
muy científico y honrado;
que hasta los astros del cielo
así me lo han confirmado.

Según las referencias de la época, la poesía provocó un estallido de carcajadas y de “vivas” continuados, hasta que Boluda, ingenuamente, concluyó: “Os agradezco mucho vuestro entusiasmo; yo creía haber escrito una poesía seria y ha resultado jocosa”. Desde aquel día Boluda entró plenamente en el mundo de las letras murcianas. Y sus versos en los abanicos de las señoritas murcianas, así como los dedicados a los médicos y las monjas del Hospital, se hicieron populares por sus espectaculares ripios y sus inesperadas imágenes líricas. Eran versos realmente “disparatados y originalísimos” (3).

Desde 1914, Boluda recitaba sus poesías en bautizos, bodas y otros acontecimientos. “Declamaba con altisonancia y agitando violentamente las manos” (4) y alguien llegó a proclamar que Boluda había inventado la sacáfora que era la metáfora... al revés. Viajó a Madrid, para confirmar, al parecer, su plaza en el Hospital murciano, y asistió a una de las famosas tertulias de “Pombo”, donde dialogó con Ramón Gómez de la Serna y César González Ruano. Estos publicaron sendos artículos sobre él en

(3) Ángel Vergel: “Evocación de don Pedro Boluda”. Artículo en *La Verdad*, 30 noviembre 1956.

(4) José Ballester: “Recuerdos, hombres y paisajes”. Art. en *La Verdad*, 7 marzo 1965.



La Tribuna e Informaciones, respectivamente, pero no entendieron bien su peculiar carácter. Se cree que lo juzgaron como un escritor extravagante, sin comprender la tremenda confusión de su cerebro. El célebre Ramón lo llamó poeta “estreñado” y Ruano dijo que sus versos eran “feroces”.

En una ocasión, un día de su santo, el diario murciano *El Liberal* abrió una suscripción, con cuota fija de 10 céntimos, para regalarle una tortada. La convocatoria tuvo una gran acogida porque Boluda, con su bondad natural, se había granjeado las simpatías de la ciudad. La tortada alcanzó una altura de tres o cuatro pisos y hubo de ser trasladada en parihuelas al domicilio del poeta.

La publicación del libro supuso una gran satisfacción para Boluda. Y conviene pensar, benévolamente, que los promotores de la edición pretendieron alegrar su vida más que burlarse de sus disparates literarios.

La obra, prácticamente desaparecida al cabo de 80 años, constituye una rareza bibliográfica. Merece la pena transcribir la dedicatoria “Al pueblo de Murcia” que su autor le colocó al comienzo: “Tengo el honor de ofrecer, a mis hermanas y hermanos de Murcia, un deplorable libro, que acabo de escribir. Aunque real y verdaderamente no tiene de Murcia ningunas costumbres ni dialectos; ahora bien; lo que única y sencillamente tiene, es mi precario entendimiento. Ya que he tenido la suerte de nacer en esta mi hermosísima tierra murciana; mi único y exclusivo objeto, es que quiero dejar mi humilde recuerdo. Para que sirva de base en todo el mundo; y se extienda a todas las generaciones presentes y venideras. Así es que por reconocimiento de justicia, tengan mis hermanas y hermanos, la dignísima amabilidad de aceptar”.

Como puede apreciarse, en estas primeras líneas se notan ya las contradicciones propias de un cerebro poco equilibrado, al calificar de “deplorable” su libro y, al mismo tiempo, desear que sirviera en todo el mundo como base y apoyo... Sin embargo, es más adelante, en su contenido poético (?), cuando encontramos las grandes sorpresas.

A *La Paz mundial* le puso prólogo Andrés Bolarín, quien escribió: “Las poesías de este volumen han de producir estupefacción. Por muy estragado que esté el público en cuestión de gusto literario, no se puede dudar que esos versos sacudirán su sensibilidad y excitarán su atención poderosamente. Son versos de cataclismo, de aquellos que después de conocidos ya no se olvidan jamás” (5).

La obra contiene 11 poemas de felicitación y 17 “de abanicos”, que era una moda de principios de siglo, así como “sonetos bélicos”, “sonetos variados”, y poesías diversas; en total, unas 80 composiciones, dedicadas todas y cada una de ellas a muy diferentes personalidades: médicos, escritores, políticos, artistas... Recordaremos los nombres de algunos de los favorecidos con sus versos: Leopoldo Ayuso, Dionisio Alcázar, Francisco Giner, Laureano Albaladejo, Alejandro Séiquer, Vicente Llovera, Mariano Benlliure, Tomás Maestre... Es de suponer que, por agradecimiento a la

(5) Bolarín, en el citado prólogo.



deferencia, muchas de estas personas comprarían el libro, que se agotó, desde luego, rápidamente. Hay que señalar, no obstante, que algunas dedicatorias chocaban bruscamente con el título de la correspondiente poesía, produciendo un efecto cómico inesperado; así, la titulada “Para ti, amor mío”, decía a continuación: “A don Luis Bermejo Vida, gobernador de Murcia” (!).

A Boluda le preocupaban varias cuestiones: en primer lugar, la guerra, la falta de entendimiento entre los pueblos. Le dolía el odio entre las naciones, la sangre inútilmente derramada; de ahí, el título del libro y sus continuas alusiones a la paz, que escribía siempre con mayúscula. La solución, desde su punto de vista, era fácil:

Para hacer la Paz que sea duradera
hay que hacerlo de esta manera,
formando un Congreso Internacional (pag. 92).

Su defensa del diálogo, de la comunicación, era insistente, pero las grandes potencias no le hacían caso y seguían agrediendo mutuamente, en vez de leer estos versos pacifistas... Hasta que un feliz día terminó la contienda y –¡milagros de la poesía!– se creó la Sociedad de Naciones en Ginebra, que no era otra cosa sino el “congreso internacional” que preconizaba Boluda... El poeta se sintió gozoso, aunque un poco escocido porque las naciones beligerantes no siguieron a tiempo sus indicaciones... Lo expresó muy claramente:

¡Hora es!... ¡Gracias a Dios que ha llegado!
El gran término de la Paz ansiada.
...
¿Haber qué es lo que habéis adelantado
con derramar tanta sangre sagrada?
¿Dejar mucha gente inutilizada
por no haber mi consejo empleado? (pag. 134).

Otra preocupación de Boluda era el proletariado, sobre todo aquellos trabajadores que, por su escasez de ingresos, emigraban al extranjero. Encontró una solución muy simple: pagarles más. Véase:

¿Por qué España ha de consentir
que sus obreros se vayan tan largo?...
Darles un poco más de jornal
para que se vayan quedando (pag. 113).

También se interesó por la situación de aquellas viudas con hijos que apenas podían subsistir. Lo expresó con total realismo:

y algunas en la miseria se han quedado
sin poder dar a sus hijos platos de guisado (pag. 70).

Los ripios de Boluda eran sorprendentes. Y es que, para encontrar una rima adecuada, utilizaba las más inesperadas palabras, ajenas por completo al contexto:



Tienes unos ojos niña
que me penetras el alma;
por eso le digo a tu madre
que te lleve una guirnalda (pag. 108).

En otro lugar, al brindar por un recién nacido, escribió:

Brindo por el señor Norberto
y por su señora Pilar.
Y brindo por el niño experto
que acaban de bautizar (pag. 32).

Este calificativo de experto aplicado a un niño de pocos días es tan desconcertante como el que usó al final de un poema acerca de un infanticidio, donde, para salvar la rima, habló de un *crimen galano* (!).

Otro brindis también curioso por el adjetivo aplicado al sacerdote oficiante es el que dice:

Brindo por los nuevos esposos,
y por todos en general;
y por el cura portentoso
que ya os ha bendecido
con la ley matrimonial (pag. 60).

Ante una rima algo difícil para la palabra fecunda, Boluda no atrancó y escribió:

Por eso yo creo que la tierra
es siempre madre fecunda,
y por ello los labradores
que trabajan con segunda... (pag. 62).

En otra oportunidad, su imaginación desbordada le llevó a escuchar ruidos cósmicos ("Son los astros luminosos/ que no cesan de alborotar") o a imaginar fenómenos atmosféricos poco comunes en nuestra geografía ("Y girando el sol muy candoroso / se desliza un rayo portentoso / descubriendo la aurora boreal").

No vamos a decir, después de este recorrido por tópicos y ripios, que la alucinante poesía de Pedro Boluda tenía valores poéticos. Pero es menester señalar, por justicia, que, de vez en cuando, en medio de tanto prosaísmo y tanto disparate, se vislumbra un resquicio de inspiración, como cuando escribió, a propósito de un "mar delicioso" en calma,

"en esta que es noche de encanto,
la luna refleja sus rayos de plata..." (pag. 57).

Sobre todo, es curiosa una imagen poética, bellísima, que aparece de pronto, -como flor en un estercolero-, ante el espectáculo de la lluvia en relación con una mujer. Dice a ésta:



“tú has de ser más genuina
que toda el agua que llueve” (pag. 30).

Pedro Boluda forma parte de un censo de personajes pintorescos que han quedado en la memoria de los murcianos. Con su afición poética no hizo mal a nadie; al contrario, solazó a muchas personas con sus versos inimitables, producto de su mente tan dolorosamente trastornada. Era “crédulo y puro como un niño” en acertada frase del pintor Luis Garay, que le dedicó una emotiva semblanza (6).

(6) En el libro “Una época de Murcia”, editado por esta Real Academia en 1977.

